

Cuenta S. Gregorio el Grande, (S. Greg. l. 3. Dialog. cap. 36.) que navegando por el Mar Adriatico San Maximiano, Obispo de Zaragoza de Sicilia la vuelta de Roma, iban en su compañía otros muchos navegantes, y en lo mejor del viaje, he aquí lo peor del mar: una tempestad tan fiera, que à pocas horas del tormentoso temporal, perdido yá el timon, (es lo ordinario) desarbola-dos, y sin velas, aún era lo menos, porque à los fieros golpes sacudido el vagel, hendido por mil partes, hacía yá tanta agua, que dentro del buque anegados, no miraban ya la muerte vecina, sino presente. ¿Quáles serían los clamores, cuáles las ansias, no yá por el socorro que no esperaban, sino por el horror de la muerte que yá veían? Pero à todo el Santo Obispo clamaba mejor dentro de su corazon; echada en Dios entonces mas segura toda el ancla de su esperanza. Yá todo el Navio se iba al profundo, quando la esperanza del Santo Obispo volaba todavia segura al Cielo. ¡Oh, Señor, aquí de la obligacion à que se empeñó tu piedad: el no haver yá remedio, es el mayor empeño de tu omnipotente brazo. Así fue con todo un tropel de prodigios: porque de aquella fuerte el Navio todo anegado, sin gobernarle, desarbola-do, y sin velas, fue corriendo su derrota, fue navegando un día, y otro: por horas esperaban la muerte, y por instantes experimentaban los prodigios. Navegaron ocho dias enteros, hasta que llegaron al puerto de su viaje: fueron saltando todos; ¿quál sería su regocijo? El ultimo saltó S. Maximiano, y al instante mismo que saltó en tierra, yendose à pique el Navio, les dixo con eso, que el Navio mas seguro que los havia traído, era el de la Esperanza. ¡Oh, y si en este navegáramos todos el undoso mar de este mundo, donde en nada, sino en la esperanza fixa en Dios, puede tener seguridad nuestro camino! Nos combaten las olas de la pobreza, las inconstancias de la fortuna, los temporales de tribulaciones, los escollos de desventuras, y toda la tormenta de la vida, ò toda nuestra vida, que es tormenta: pues en Dios, en Dios la esperanza, y así llegaremos à ganar el Puerto de la Gloria.

## PLATICA XIX.

QUE LA VERDADERA ESPERANZA es la que junta con la seguridad de parte de Dios el continuo temor de nuestra propia flaqueza.

A 24. de Agosto de 1690.

Como para remontar ligera hasta el Cielo sus velos ha menester una ave entrambas alas, porque una ala sola bastando para el embarazo, no alcanza para el vuelo; así nuestra esperanza, si

se ha de remontar mas allá de los Cielos hasta la misma vista de Dios, ha de ser entre las dos alas de la seguridad, y el temor; porque si la seguridad sola pudiera ocasionar algun descuido, el temor, asistiendola siempre, no dexa dormir al cuidado; y si solo el temor pudiera desmayar los alientos de conseguir la seguridad, le ponga ánimo para batallar. Preciabase delante de Scipion un Soldado Romano de que tenia un escudo, no solo en la labor, y artificio bien gravado, y pulido, sino tambien en lo fornido, y bien templado, impenetrable à los dardos enemigos. Muy bueno es tu escudo, le respondió Scipion; pero un Soldado Romano no ha de poner la confianza solo en el escudo, que lo defiende, sino tambien en la otra mano, que maneja con brio la cuchilla. ¡Oh, cuánto mejor dixerá à nuestro intento: un Soldado Christiano, que ha de escalar con la Esperanza el Cielo, no ha de fiar solo de la mano que lo asegura; no ha de contentarse con la seguridad que le dá el escudo de la Esperanza; ha de mover tambien sin cesar la otra mano, si quiere lograr con la victoria la deseada corona! Esa es la distincion de la Esperanza, segun el Maestro de las Sentencias, à quien siguen con Santo Thomás los Theólogos. Esperanza dice: *Est expectatio certa futura beatitudinis, proveniens ex gratia Dei, & meritis nostris.* (Magis. in 3. dist. 26. D. Thom. 2. 2. q. 18. art. 4.) Es un esperar con certidumbre la verdadera bienaventuranza, que hemos de conseguir por la gracia de Dios, y por nuestros meritos.

Yá, pues, oyentes míos, entramos hoy à ver cómo ha de ser nuestra Esperanza. Vimos yá, que es lo que esperamos la bienaventuranza, y para ella todos los medios necesarios: vimos yá de quien por cuya mano, en quien lo esperamos: en Dios, que sobre un amor, una verdad, una liberalidad, y misericordia infinita, es tambien infinitamente poderoso. Restanos saber de parte de nosotros, ¿cómo hemos de esperar? Eso es lo mismo que pregunta el Catecismo. Háme dicho, que lo que esperamos es la bienaventuranza. Pero esta bienaventuranza, preguntó yo ahora: ¿Con qué medios se alcanza? R. Con la gracia de Dios, y meritos de Jesu-Christo nuestro Señor, y nuestras buenas obras. He aquí, pues, las dos alas con que la Esperanza vuela hasta el Cielo, y he aquí las dos manos con que la Esperanza batalla hasta conseguir la corona: la una la mano de Dios, que no cesa de darnos su gracia, y la otra nuestra propia mano, que ha de cooperar con las buenas obras, correspondiendo à sus auxilios. Ni Dios por sí solo lo quiere hacer todo, ni nosotros solos sin Dios pudieramos hacer nada. Por eso, pues, pone Dios la gracia, y el auxilio, y con él ayudados nosotros, hemos de poner la cooperacion, quiero decir las obras buenas. Yá, pues, de aquí nacen en la verdadera Esperanza juntos la seguridad, y el temor. La seguridad, de que de parte de Dios jamás nos faltarán los medios necesarios por su infinita misericordia; pero esa seguridad mez-

cla-

clada con un continuo temor de nuestra flaqueza, de nuestras malas inclinaciones, y de nuestros perversos apetitos, que no sabemos si nuestro libre alvedrio, arrastado de ellos, despreciando los llamamientos Divinos, no haciendo caso de los Divinos auxilios, nos irá precipitando en los pecados, hasta que en aquellos, cogiendonos la muerte, nos precipite en el Infierno: *Cum timore, & tremore*, nos dice por esto el Apóstol, *cum timore, & tremore vestram salutem operamini.* Con temor, y temblor haveis de obrar vuestra salud. Este temor santo ha sido el que espoleando siempre à los justos, los ha hecho acaudalar virtudes, y méritos, que gozan en la gloria: y por el contrario la seguridad desnuda del temor, es la que engañando siempre à los pecadores, los ha arrojado en el infierno: *Formidare debent*, nos dice el Sacro Santo Concilio de Trento, *formidare debent scientes, quod in spem gloriae, & nondum in gloria renati sunt.* (Conc. Trid. ses. 6. c. 13.) Fieles, Fieles, la esperanza de la gloria, esa es la que tenemos, la posesion de la gloria no la hemos alcanzado. ¿Y quién sabe de los presentes, si la tirrible batalla con el Demonio, con el Mundo, y la Carne, dexandose llevar de su apetito, despreciando los Divinos auxilios, obstinandose à las Divinas inspiraciones, nos cogerá en pecado mortal aquel amargo punto de la muerte? ¡Oh, Dios! Aquí es donde tiemblan, y se estremecen las mas firmes Columnas del Cielo: aquí se sacuden los mas altos Cedros del Libano: aquí donde encorbados gimen los mayores Gigantes de la Santidad.

No es, pues, la certidumbre de la esperanza, como la certidumbre de la Fé; porque ésta es del todo segura por todas partes, cierta, è infalible. ¿Por qué? Porque toda la certidumbre de la Fé está de parte de Dios, que es quien nos dice las verdades que creemos; y así, por ningun lado puede faltar. Mas la certidumbre de la esperanza, no solo está de parte de Dios, por donde jamás puede faltar, sino que envuelve nuestra cooperacion, nuestras buenas obras, nuestros méritos. Y por este lado, ¡oh, qué peligro hay de que nuestro alvedrio, y nuestra misma voluntad nos condene! De parte de Dios una certidumbre tan firme, que en ella hemos de tener total seguridad; pero de parte de nosotros una flaqueza tan débil, tan caediza, que nos ha de tener siempre en un temor continuo. Pues, Padre, ¿cómo pueden juntarse acerca de una misma cosa, seguridad total de conseguirla, y temor continuo de perderla? Preguntais bien, y yo os lo responderé con S. Pablo. Ponen al fin de la carrera el premio para el que lo alcanzare corriendo: el premio está seguro, está cierto, no hay duda; ¿mas para quién está cierto? Para el que corriere. ¿Pues qué se figure de aquí? Correr, correr, cierto, y seguro de que hallaré el premio; pero temeroso de que lo perderé, si no corro: *Ego igitur sic curro non quasi in incertum.* Pues así corro yo, dice el Apóstol, no à cosa incierta, no, que la tengo segura: *Non quasi in incertum.* Pero no ceso de correr con las buenas obras, porque el

temor de que he de perder aquel premio, si me páro, espolea, alienta, y aviva mi esperanza.

Pero he aquí dos extremos peligrosos, que debe evitar la esperanza. El uno, si el temor es tan nimio, que olvida la seguridad, cae en desconfianza, y se puede precipitar en una lastimosa desesperacion. Por aquí peligran los que de desconfiados son cansadamente elcrupulosos; los que muy llenos de su amor propio, nada confiados en Dios, continuamente traen en su corazon levantados cadahalsos, cuchillos, hórças; y nada miran sino rigores, venganzas, justicias, sin acordarse que hay en Dios un amor de Padre para los que le aman, y una misericordia infinita para los que le buscan. El otro extremo es, si la seguridad es nimia, de modo, que olvida el temor, dá en una temeridad loca, en una presuncion necia; que engañando las almas, las condena: por aquí corren precipitados al infierno los rematadamente pecadores. Uno, y otro es peligroso, pero mayor el de la presuncion, que no haciendo caso de sus culpas, muy locamente se asegura. Sucede en las heridas del alma lo que en las del cuerpo. En éstas, si la herida se hincha mucho, es peligrosa, dice el antiguo Médico Celso; pero si nada, nada se hincha, es peligrosísima: *Nimis intumescere vulnus periculosum; nihil intumescere periculosissimum.* (Cels. l. 5. c. 26.) Peligro tiene el que cargando mucho hácia el temor con alboroto, è inquietud, olvida la seguridad, peligro tiene; pero el que cargandose todo à la seguridad, olvida el temor, y teniendo heridas terribles no hace caso con una loca presuncion, está en estado peligrosísimo.

Oh, Padre (me dice yá una alma escrupulosa) que vivo en unas congoxas, en unas aflicciones terribles, si me condenaré. ¿Padre, si me condenaré? A ésta no le respondo yo por ahora, sino con repetirle las formales palabras de ese librito de oro de Contemptus mundi. (Kemp. de Imit. Christ. l. 2. c. 25.) Son estas: Como uno tuviese muy congoxado, y entre la esperanza, y el temor dudase muchas veces; una vez, cargado de tibieza, se arrojó delante de un Altar en la Iglesia para rezar, y revolviendo en su corazon varias cosas, dixo: Oh, si supiese yo, que havia de perseverar! Y luego oyó en lo interior la Divina respuesta. ¿Qué harías, si esto supieses? Haz ahora lo que entonces harías, y estarás seguro. Y al punto consolado, y confortado, se ofreció à la Divina voluntad. Alma tímida, alma desconfiada, ¿dónde has olvidado las promesas de tu Dios? ¿Dudas? Te estremeces? Tiembles? Pues vete cada dia asegurando mas, y mas con ir haciendo buenas obras. Así te promete la seguridad mi P. S. Pedro: *Magis satagite, ut per bona opera certam vestram vocationem, & electionem faciatis.* Yá, Padre, yá procuro hacerlas, pero me parece que no merezco en ellas: Unas comuniones tan tibias, un rezo tan sin devocion, tan poco fervor como siento! ¿Pues qué he de merecer? ¿Qué ignorancia! Esa es muy peligrosa tentacion, con que quiere el demonio que las dexes. Obra tú, y fia de Dios, que es tan buen paga-

H

dor,

dor, que te ha de premiar hasta un jarro de agua, que des con misericordia. No ceses en tus obras buenas, aunque te parezcan muy menudas, que à cargo de Dios està el premio. Un santo viejo Anacoreta tenia lexos de su choza la fuente donde iba por agua, dió en fatigarle yá con la vejez; y para no cansarse tanto, determinaba poner su choza algo mas cerca de la fuente. (Eng. t. I. Luz Ev. D. sep. s. 3.) Esto iba pensando entre sí, yendo por el agua; quando he aquí un Angel en forma visible, que sin hablarle palabra iba contando por los dedos: uno, dos, tres, quatro. ¿Qué haces? le dixo el viejo: y el Angel: Voy contando los pasos que das hasta la fuente, porque por cada uno de ellos te ha de corresponder en el Cielo el premio. ¡Oh, Soberano Dios! exclama el Santo viejo; pues si así pagas aún el número de los pasos, yá no he de acercar mi choza, antes la he de poner mas allá, para que con mis pasos se aumenten mis méritos. Así lo hizo, y la puso media milla mas distante. Mira ahora tú, ¿cómo no te contará Dios tus buenas obras? Alma desconfiada, acuerdate, que el mismo David, que unas veces atendia en Dios solo su justicia: *Memorabor iustitia tue solius.* (Ps. 70.) Otras veces miraba tambien à Dios como misericordia todo: *Deus meus misericordia mea.* (Ps. 58.) Y otras, para gobernarse bien en sus pasos, juntaba en su consideracion una, y otra, justicia, y misericordia: *Misericordiam, & iudicium cantabo tibi Domine.* (Ps. 100.) Este es el camino seguro, atendiendo siempre à estos extremos.

Ahora, Señores, el temor junto con la seguridad, esa es verdadera esperanza. Antes de pecar hemos de temer la Divina Justicia, dice San Gregorio el Grande; pero si hemos pecado, hemos de esperar con toda seguridad en la Divina Misericordia: pero fiados en esta esperanza arrojarnos en una, y otra, y otra culpa, ese es el otro extremo peligrosísimo de la presuncion de que está lleno el infierno. Dicen los Médicos, que contra el veneno de la Cicuta, si despues se bebe vino, es antidoto que la sana; pero si con ese mismo vino se bebe la Cicuta mezclada, no tiene remedio el veneno. La Esperanza es nuestro remedio despues de caídos en las culpas; pero confiados en la Esperanza cometer las culpas, es hacer de la Esperanza condenacion. ¿Cómo es vuestra Esperanza, Cathólicos? Viviendo en continuos deleytes, gustos, y pasatiempos, cometiendo continuas culpas. Y luego, que Dios es grande, que Dios es Padre, y que Dios es misericordioso. ¡Oh, qué seguridad tan engañosa! ¿Qué esperanza tan llena de abominacion? *Spes illorum abominatio anima.* Job cap. 11. v. 20.

Estaba el Santo Fray Gil, Discipulo de San Francisco, retirado en una gruta, haciendo allí una terribilissima penitencia: fueronle à vér por su fama dos grandes personajes de mucha autoridad, regalo, y rentas. Y muy compungidos quando le vieron en aquella tan terrible aspereza, despues de conversar con él un rato, le rogaron mucho que los encomendara à Dios. En verdad, Señores,

respondió Fray Gil, que vosotros sois los que me haveis de encomendar à Dios, que teneis mas Fé, y mas Esperanza que yo. Nosotros dixeran ellos. Sí, porque yo estoy aquí retirado del trato humano, vestido de este sayal tosco; mi cama es el suelo, una piedra mi cabecera; y con todo esto, siempre estoy temblando, si me he de condenar, y à cada paso temo caer en el infierno. Y vosotros vestidos de olandas, y púrpuras, ruando carrozas, servidos de criados, muy regalados, y asistidos; con todo esto vivis con fiadísimo de que aveis de ir al Cielo. Encomendadme à Dios, Señores, que mas Fé, y mas Esperanza teneis que yo. Con esto los dexó bien corridos. ¡Ah, oyentes míos! Vêr à un Job, que se quisiera esconder en el infierno temblando de la ira de Dios. Y vér luego al que solo cuida de su regalo, sin hacer ni una sola obra buena, la seguridad con que se promete la gloria. ¿Qué seguridad es esta? Un Hilarion, despues de setenta años de desierto, tiembala, y se estremece al despedirse el alma: y vive muy coniado de ir al Cielo, quien no puede contar sino muchos años de culpas? ¿Qué confianza es esa? Saber, que sin buenas obras no se puede adquirir el Cielo, y vivir entre pecados mortales, atendiendo solo al regalo, à la vanidad, al pasatiempo, y con esto esperar el Cielo? ¿Qué esperanza es la vuestra, Cathólicos? ¿Tanta seguridad en lo que tanto peligras, y en lo que vá tanto? ¿Tanta confianza en lo que pende de un punto; y tanto descuido en lo que ha de ser eterno? Tiempo habrá para hacer penitencia. Y si Dios, en castigo del que has malogrado, te quita el tiempo? Yo soy libre, y en un instante puedo arrepentirme. Y si endurecida tu voluntad, refinando el demonio su batería, turbada el alma entre congoxas, arraygados los afectos, mas vivas las representaciones, no puedes arrancar tu alvedrío à seguir de Dios los auxilios, ¿cómo ahora no los sigues, y en esto llega la muerte? ¡Ah, confianza necia! ¡Ah, presuncion diabólica! ¡Y ah temeridad ciega, que así à todo un infierno te precipitas!

Cuenta San Pedro Damiano (Pet. Dam. l. 6. c. 30.) que un Monge, despreciando de una en otra sus obligaciones, llegó así à estar tan lastimoso de perdicion, que deseoso de entregarse con mas seguridad à sus gustos sin el temor de la muerte, hizo pacto con el Demonio, que le entregaria su cuerpo, y alma, solo con una condicion. ¿Cuál es? Que tres dias antes de mi muerte me has de venir à avisar como yá llega. Vengo en ello, dixo el infernal enemigo; y el Monge con esto se entregó desbocado à sus culpas, viviendo tan ageno de su estado, como de su conciencia, y de su Dios, que no cesando de repetirle al alma inspiraciones, todas las despreciaba muy seguro, con decir: Tres dias tengo, y en tres dias tengo tiempo bastante para confesar mis culpas, para arrepentirme de ellas, y ganar la Gloria. Llegó el caso, que ha de llegar à tí, y à mí. Acercósele la muerte, y vino el Demonio muy puntual, dixole claro, que dentro de tres dias era su muerte. ¡Oh, qué aviso, aun para

para los mas santos terrible! ¿qué sería para quien así havia vivido? ¿qué suspiros, qué lágrimas lloraria, qué arrepenimientos? Pues nada menos: muy turbado sí: llamó à los Monges todos, refirióles el orden todo de su lastimoso estado, y como al fin ya le havia avifado el demonio. Ea, aliento (le dicen) lograr este tiempo siquiera, no se pierda todo, hermano, que un arrepentimiento verdadero todo lo podrá remediar con aquella infinita misericordia. Trate de hacer una Confesion general, y contrita. Pero al punto que le nombraban Confesion, se quedaba en un profundo sueño dormido. Hermano, que no es tiempo de dormir. No valian las voces. Esperaban los Monges, y entretanto divertian entre sí la conversacion de otras cosas, al punto volvia el enfermo, y proseguia hablando con ellos. Pero en volviendo à nombrarle la Confesion, al instante se quedaba dormido. Afligidos los Monges no se apartaban de la cama, y el enfermo à qualquier conversacion muy divertido, traíanle razones, argumentos, exemplos de la infinita misericordia de Dios, oíalos todos; pero todos en vano, porque en llegando à decir que se confesara, al punto se quedaba dormido. Así se pasaron los tres dias, hasta que al cabo de ellos, sin la menor señal de penitencia, dió su alma à los demonios, que en figura de unos perros muy negros, en muchos dias no se apartaron de su sepulcro. Pues de estos avisos yá yo he visto darlos à muchos, de estas impenitencias, yá las he visto, y las he llorado en no pocos Cathólicos. Yo bien sé que Dios nunca me faltará con sus auxilios; pero no sé si à la hora de la muerte corresponderá mi perversa voluntad à sus auxilios. Bien sé que de su parte Dios me tiene prevenida su Gloria; pero de mi parte no sé, no sé, si con una perseverancia final alcanzaré su Gloria.

## PLATICA XX. DE LA CARIDAD.

A 30. de Agosto de 1690.

Como entre los metales se aventaja de precio el oro; como entre los elementos se eleva superior el fuego; como sobre todos los Cielos se sublima eminente el Empireo; como sobre todos los Astros, y Planetas descuella el Sol, presidente de las luces; y como sobre todos los Coros de los Angeles son los mas sublimes los Serafines; así entre todas las virtudes descuella, y se aventaja superior à todas la Caridad: (Cornel. in Deut. cap. 6. vers. 5.) Ella es el oro finísimo con que compramos los mas inestimables bienes: ella es el fuego celestial, y divino, que enciende los corazones: ella es el Cielo Empireo, en que Dios tiene su habitacion: ella es el Sol, que todo lo alumbrá,

lo hermosa, lo fecunda, y lo vivifica: y la Caridad en fin es la virtud, que sabe fabricar de hombres Serafines, de esclavos del demonio, amigos, è hijos de Dios, y de merecedores del infierno, herederos dichosos de una eterna Gloria. Es la que dá à las virtudes, la que dá valor à los meritos, es la que nos hace patentes todos los Divinos thesoros, y es la que nos abre los Cielos; Reyna en fin soberana de todas las virtudes. Sobre todas las virtudes Morales se aventajan las virtudes Theologales, como yá he dicho; porque éstas miran directamente à Dios, único fin nuestro, y única regla de toda perfeccion; pues aun sobre las otras dos virtudes Theologales, que son la Fé, y la Esperanza, se eleva superior la Caridad: *Nunc autem* (dice S. Pablo) *manent Fides. Spes, Charitas, tria hæc: major autem horum est Charitas.* La Fé es la que nos alumbrá para caminar hácia Dios; la Esperanza es la que nos lleva; pero la Charidad es la que nos úne, y nos dá posesion de aquel fin infinitamente amable. (Guil. Per. de Char. cap. 1.) Por la Fé vemos, y conocemos aquel bien infinito que hemos de buscar; por la Esperanza lo buscamos; pero por la Caridad lo gazamos, lo abrazamos, y lo poseemos. La Fé, y la Esperanza miran à Dios, pero no sin mezcla de nuestro proprio interés. (D. Th. 2. 2. q. 23. art. 6.) La Fé mira à Dios, en quanto alumbrá nuestro entendimiento con sus eternas verdades. La Esperanza mira à Dios, en quanto ha de llenar nuestra alma de su inmensa gloria. Pero la Caridad del todo fina, del todo generosa, del todo noble, ama à Dios solo por Dios, se goza del bien de Dios, porque es bien de Dios, se complace de las perfecciones de Dios, porque son perfecciones de su querido. En Dios pára, en Dios sosiega, en Dios descansa. Por eso es la union dichosa, que íntimamente junta con Dios el alma, es la lazada por donde se comunica Dios à nuestras virtudes, y es el nudo amoroso, que apretandonos con Dios, hace que sean en nosotros perfecciones, las que sin ella, ni fueran virtudes: *Super omnia* (dice S. Pablo) *Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis.* (ad Colof. 3.)

Yá, pues, Fieles, os he mostrado como haveis de caminar à Dios por la Fé, creyendo sus eternas verdades. Yá he explicado, cómo haveis de caminar à Dios por la Esperanza, seguros de sus promesas, que haveis de conseguir los inmensos bienes de su gloria; pero temerosos de vuestra flaqueza, que podeis perderla, si no correspondéis con las obras, y los meritos à sus auxilios. Ambos caminos del todo seguros, del todo necesarios, de modo, que si no hay Fé, no hay ver à Dios. Si no hay Esperanza, ni se podrá conseguir la gloria. Pero la Fé, y la Esperanza sin meritos, y sin buenas obras, no sirven. Por eso os añado ahora con San Pablo: *Ahuc excellentiorem viam vobis demonstro.* (1. ad Cor. 12. v. 31.) ahora sobre esos dos caminos os muestro el camino mas excelente; este camino es la Caridad: porque si la Fé, y la Esperanza, para llevarnos al Cielo del todo, han menester las buenas